

CARTA PASTORAL

**ARRAIGADOS EN LA CARIDAD,
ARTESANOS DE UNA NUEVA HUMANIDAD.**

De los Pastores de la Provincia Eclesiástica de Cali conformada por la Arquidiócesis de Cali y las diócesis de Palmira, Buga, Cartago y Buenaventura, al Pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad.



ÍNDICE

EL PASO DEL SEÑOR POR NUESTRA HISTORIA.....	3
I. HACIA UNA MISIÓN DE UNIDAD: SINODALIDAD EN LA ACCIÓN.....	4
II. EL CLAMOR REGIONAL: UNA GEOGRAFÍA DE DOLOR Y ESPERANZA.....	6
El rostro de la violencia en nuestras jurisdicciones.....	6
La tierra: de don de Dios a motivo de discordia.	8
La brecha de la desigualdad: el pecado de la justicia.....	9
Llamado al Estado: hacia una responsabilidad de nación.....	11
III. EL DISCERNIMIENTO CIUDADANO: LA POLITICA COMO ACTO DE CARIDAD.....	12
IV. INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y DIGNIDAD HUMANA: UN DESAFÍO AL CORAZÓN.....	13
V. ECOLOGÍA INTEGRAL: EL GRITO DE LA TIERRA Y DE LOS POBRES.....	14

VI. PROPUESTAS CONCRETAS Y COMPROMISO PASTORAL.....	15
VII. CONCLUSIÓN: LA ESPERANZA ES UN CAMINO.....	18
El ministerio de la reconciliación.....	19
De la mesa Eucarística a la mesa del mundo...	19
El Sacramento del Hermano.....	20
Una Catequesis para ciudadanía y la caridad...	20
VIII. UN LLAMADO FINAL.....	21
ORACIÓN POR LA PAZ Y LA UNIDAD REGIONAL.....	22



EL PASO DEL SEÑOR POR NUESTRA HISTORIA

“He visto la aflicción de mi pueblo... y he bajado para librarlo” (Éx 3, 7-8). Con estas palabras del libro del Éxodo, que resuenan hoy con una vigencia estremecedora en nuestras cordilleras, valles y costas, nosotros, sus obispos, queremos dirigirnos a cada habitante de esta amada región. No escribimos desde la distancia, sino desde la **solicitud pastoral** de quienes caminan en medio del pueblo, donde el incienso de la oración se mezcla diariamente con el sudor de quienes luchan por una vida digna.

Lo hacemos en el marco de la Pascua de resurrección. El Resucitado, cuando se aparece a los discípulos les dice: “*La paz sea con ustedes*” (Jn 2, 19). Es la paz que queremos replicar en las mentes y corazones de todos, conscientes de que la paz que nos ofrece Jesús, es la que nos hace verdaderamente libres.

Nos encontramos en un punto de inflexión de definición histórica. El año 2026 nos sitúa ante desafíos que no admiten la indiferencia. Como centinelas de la mañana, queremos ofrecer una luz que no provenga de nosotros, sino del Corazón traspasado de Cristo, fuente de toda caridad política y compromiso social.

Inspirados en la encíclica *Dilexi te* del Santo Padre León XIV, reafirmamos que el amor de Dios no es un refugio para la evasión, sino el motor de una transformación estructural. Como enseñaba san Agustín en *La Ciudad de*

Dios, la paz no es simplemente la ausencia de guerra, sino la “tranquilidad del orden” fundamentada en la justicia (Libro XIX, capítulo 13). No puede haber paz mientras el Corazón de Cristo siga siendo herido en el cuerpo de los pobres de nuestra región.

I. HACIA UNA MISIÓN DE UNIDAD: SINODALIDAD EN LA ACCIÓN

Inspirados en el Documento Final del *Sínodo sobre la sinodalidad*, reafirmamos que la Iglesia es, por naturaleza, misionera y relacional. No podemos ser artesanos de paz si no vivimos primero la paz de la unidad. Exhortamos a superar la apatía y la indiferencia.

La gravedad de los tiempos nos exige trascender los límites de nuestras jurisdicciones diocesanas. No podemos trabajar como islas. Inspirados en la enseñanza del papa León XIV sobre la unidad, desde su lema pontificio **In Illo uno unum** (“En Él somos uno”) ha recalcado que la unidad solo es posible si la Iglesia se mantiene “centrada en Jesucristo”.

En el camino sinodal que el papa Francisco nos ha trazado, proponemos una nueva forma de ser Iglesia en la región. La “**Sinodalidad Regional**” significa que el dolor de Buenaventura es el dolor de Cartago; que el éxito de los emprendimientos de Pastoral Social en Palmira debe ser la alegría de Cali y Buga, etc. La unidad entre nuestras diócesis se hace creíble cuando se traduce en acciones sociales conjuntas.

En el contexto de los grandes desafíos actuales como la movilidad humana, la seguridad alimentaria o la reconciliación, el papa León XIV ha insistido en que la Iglesia debe ser “levadura de unidad”. En un país o una región marcada por la polarización, la relación entre los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos de distintas diócesis debe ser un modelo de fraternidad pública:

- **Sinodalidad interdiocesana:** Se trata solo de “caminar juntos” en la escucha. La unidad nace de reconocer que el Espíritu Santo también habla a través de la experiencia pastoral de la diócesis vecina.
- **Testimonio de comunión:** Cuando las diócesis trabajan unidas, lanzan un mensaje potente a la sociedad civil: es posible trabajar por el bien común por encima de las diferencias de gestión o prioridades locales.
- **Nuestra misión es profética:** Denunciar la injusticia con la valentía bíblica, con *parresía* (virtud de hablar con total franqueza, valentía y libertad, “diciéndolo todo” sin reservas ni filtros, a pesar de los riesgos), pero también anunciar caminos de esperanza.

La Iglesia no es una ONG; es el sacramento de la ternura de Dios en la historia. Por ello, nuestra caridad debe ser “activa” y “organizada”. Debemos superar la “globalización de la indiferencia” que nos hace pasar de largo ante el desplazado que llega a nuestras ciudades. Cada parroquia debe ser un puerto de refugio y cada

comunidad una escuela de paz y en esto no somos muchos y Cristo uno, sino que nosotros, siendo muchos en aquel Uno, somos uno solo.

II. EL CLAMOR REGIONAL: UNA GEOGRAFÍA DEL DOLOR Y LA ESPERANZA

El Rostro de la violencia en nuestras jurisdicciones

Como pastores, no podemos ofrecer el bálsamo de la esperanza sin antes limpiar, con valentía y dolor, la herida que supura en el cuerpo místico de nuestra Iglesia regional. Reconocemos que estas llagas no son nuevas; son el resultado de décadas de injusticias acumuladas y de una ausencia estatal que ha echado raíces profundas. La realidad de nuestras diócesis nos interpela con una crudeza que no permite el silencio.

En Buenaventura, el clamor de los esteros es el grito de un pueblo confinado por fuerzas oscuras que disputan el control del puerto. No podemos callar ante los datos de la *Defensoría del Pueblo y el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (INDEPAZ)*, sobre el confinamiento de comunidades étnicas, el desplazamiento forzado en el Pacífico y el reclutamiento forzado de menores que han alcanzado picos alarmantes en este inicio de 2026. El narcotráfico ha mutado en una estructura de control territorial que asfixia la libertad de nuestros jóvenes, convirtiéndolos en víctimas y victimarios.

San Juan Crisóstomo nos recordaba: “¿Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies cuando lo veas desnudo

en el pobre” (Crisóstomo, J., Hom in Matth, 50 (PG 58, 505). Hoy, el cuerpo de Cristo está desnudo y herido en los jóvenes de las barriadas de Buenaventura, los niños y niñas de cada uno de nuestros territorios diocesanos que son seducidos por el dinero fácil de la guerra.

En la Arquidiócesis de Cali, la violencia ha mutado en formas de control territorial en las laderas y en el Distrito de Aguablanca, donde las fronteras invisibles fracturan la convivencia. En el centro y norte del Valle, las diócesis de Palmira, Buga y Cartago enfrentan la presión de corredores de narcotráfico que atraviesan la cordillera central y occidental, afectando la tranquilidad de nuestras comunidades campesinas. La paz territorial sigue siendo una asignatura pendiente que requiere no solo presencia de las legítimas autoridades, sino la presencia del Estado social de derecho.

La persistencia de grupos armados en los corredores hacia el Pacífico no es un fenómeno reciente. Es la metástasis de un abandono crónico de las periferias. El Estado ha fallado históricamente en su deber de ser el garante único de la justicia y la seguridad, permitiendo que “estructuras de pecado” suplanten su autoridad, condenando a nuestras comunidades al confinamiento y al miedo.

La reconciliación nacional no será posible si seguimos permitiendo que quienes apostaron por la palabra sobre las armas sean silenciados por las balas. La paz “desarmada y desarmante” es un edificio que se

construye sobre la verdad y la justicia, y el respeto a la vida es su piedra angular.

Necesitamos una educación para la sostenibilidad que nazca de nuestras parroquias, formando ciudadanos conscientes de su rol como custodios de la obra de Dios.

La violencia que desgarrar nuestros territorios no es solo un fenómeno sociológico; es una afrenta al plan creador de Dios. Cuando la sangre corre por los esteros de Buenaventura o en las calles de nuestras ciudades del Valle, es el mismo Cuerpo de Cristo el que es vuelto a crucificar. El territorio, convertido en escenario de guerra por el narcotráfico y la disputa de rutas, se vuelve un “lugar teológico” de dolor que nos interpela.

Desde la autoridad conferida por el Señor, les decimos: ¡En nombre de Cristo, deténganse!. Nos unimos al clamor del papa León XIV el 11 de abril: “*no más guerra, no más guerra*”. Cada vida segada es un ataque al Creador. Los instamos a cesar el reclutamiento de menores y a permitir que nuestras comunidades respiren. No hay camino sin salida para quien busca la misericordia.

La Tierra: de don de Dios a motivo de discordia

Nos duele profundamente la confrontación entre hermanos—afrodescendientes, indígenas y campesinos—por la tenencia del suelo. Debemos ser claros: la crisis agraria que hoy nos desgarrar es el fruto de una deuda histórica de más de medio siglo. No es una problemática de un gobierno de turno, sino la consecuencia de un

Estado que, a través de los años ha sido incapaz de garantizar una titulación justa, una restitución efectiva y una reforma rural integral. La tierra tiene una función social, y su uso debe ser fruto del diálogo reglado y no del uso por medio de una distribución de esta sin análisis culturales y ausencias de pedagogías y diálogos previos, que solo profundizan el odio étnico y social.

La brecha de la desigualdad: el pecado de la injusticia

“*Tuve hambre y me dieron de comer*” (Mt 25, 35). La pobreza en nuestra región, especialmente en las periferias de Cali y en el litoral, es una “injusticia que grita al cielo”. Como nos recuerda la *Doctrina Social de la Iglesia*, el destino universal de los bienes es un principio previo a la propiedad privada. La brecha abismal entre la prosperidad industrial del Valle y la miseria de sus bordes es un “pecado estructural” que rompe la *koinonía* (comunidad, compañerismo participación conjunta o compartir en común) a la que Dios nos llama. Según el *DANE*, los índices de pobreza multidimensional en el Chocó biogeográfico y el distrito de Buenaventura superan escandalosamente el promedio nacional. La inseguridad alimentaria en los sectores más vulnerables de nuestras diócesis es un escándalo a la abundancia de nuestra tierra. Esa economía excluyente, denunciada por el papa Francisco, tiene hoy nombres y rostros concretos en nuestras parroquias.

La pobreza en nuestra región es una “injusticia estructural”. El *DANE* (febrero de 2026) señala que, mientras el PIB agroindustrial del Valle crece, la

seguridad alimentaria en las periferias de nuestras ciudades disminuye. San Basilio el Grande advertía con severidad profética: *“El pan que tú retienes pertenece al hambriento; el abrigo que guardas en tu armario pertenece al desnudo”* (Homilía sobre el tiempo del hambre y de la sed (PG 31, 304-328). Esta enseñanza de los Padres de la Iglesia cobra vigencia cuando vemos la opulencia de ciertos sectores frente a la miseria de los barrios de bajamar o los asentamientos informales. La economía regional debe pasar de una lógica de mera acumulación a una “economía del cuidado” que ponga en el centro la dignidad humana.

La desigualdad que hoy denunciamos es una herencia atávica. Mientras el centro del Valle brilla por su pujanza, el Pacífico y las zonas rurales cargan con el peso de una exclusión que se ha normalizado por generaciones. La “economía que mata” es un sistema que, históricamente ha priorizado indicadores macroeconómicos sobre el rostro humano de la pobreza.

Valoramos y apoyamos las distintas decisiones de empresarios e instituciones que, a través de las distintas Fundaciones e iniciativas solidarias, ponen en acto la responsabilidad social empresarial, dando calidad de vida a sus trabajadores y propiciando ayudas efectivas a personas vulnerables de todas las edades. En el Valle del Cauca ha sido este un distintivo de muchos empresarios con sensibilidad social.

Llamado al Estado: hacia una responsabilidad de nación

Nuestra voz se alza para interpelar a las instituciones del Estado. No pedimos paliativos momentáneos, sino una presencia integral y permanente que supere las banderas partidistas:

- **Al poder ejecutivo y legislativo:** Pedimos que la paz territorial deje de ser una consigna de campaña para convertirse en una política de Estado que trascienda los cuatrienios. Es imperativo que la justicia llegue a los territorios no solo con la fuerza pública, sino con inversión social, infraestructura y protección real de los derechos humanos.
- **Al sistema de justicia:** Instamos a la celeridad en la resolución de los conflictos de tierras y de las acciones delictivas que atentan con la vida, honra y bienes de los ciudadanos. La mora judicial es, en sí misma, una forma de injusticia que empuja a las comunidades a la desesperación, al enfrentamiento fratricida y a la desconfianza en el sistema judicial.
- **Una presencia transformadora:** El Estado debe saldar su deuda con el Pacífico y las zonas rurales, garantizando que el derecho a la vida, al pan y al territorio sea una realidad para todos, sin distinción de etnia o clase social. Es necesario dar solución, con carácter urgente, a situaciones límite que muchos ciudadanos están padeciendo, en especial lo que tiene que ver con el sistema de salud integral y la posibilidad de acceder a empleos dignos y estables.

III. EL DISCERNIMIENTO CIUDADANO: LA POLÍTICA COMO ACTO DE CARIDAD

Ante los comicios presidenciales de 2026

Nos acercamos a una nueva jornada electoral para elegir al presidente de la República. Como obispos, recordamos que *“la política, es una de las formas más altas de la caridad”*. (Pío XI, Discurso, 23 dic. 1927). El voto no es solo un derecho civil, es un deber moral de quien desea el Bien Común.

Exhortamos a los fieles a un discernimiento que trascienda los fanatismos y los mesianismos personales. El cristiano no vota por “salvadores”, sino por programas que respeten la dignidad humana, la justicia social y el cuidado de la casa común. Siguiendo el mensaje de la *Conferencia Episcopal de Colombia* (febrero de 2026), recordamos que el voto es una responsabilidad ética.

Exhortamos a superar la polarización estéril. La polarización es el lenguaje de la división que impide la “amistad social” (*Fratelli tutti* (carta Encíclica sobre la fraternidad y la amistad social)). Un cristiano no puede votar guiado por el odio, el miedo o la venganza. El discernimiento debe basarse en criterios claros:

- **Defensa de la vida y la paz:** ¿Qué propuestas garantizan la protección de los ciudadanos en general, pero también de los líderes sociales y ambientales y el cumplimiento real de los compromisos con quienes han dejado las armas?

- **Justicia social:** ¿Qué candidatos presentan planes concretos para reducir la brecha de desigualdad en el Pacífico y el Valle?
- **Ética y transparencia:** La corrupción es una “gangrena” que roba el pan de los pobres. Debemos votar por personas de probada integridad moral.

La política es noble cuando es servicio; pierde su auténtico sentido cuando busca el poder para perpetuar las exclusiones y los intereses particulares.

IV. INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y DIGNIDAD HUMANA: UN DESAFÍO AL CORAZÓN

En un punto aparte de especial relevancia, queremos abordar el fenómeno de la **Inteligencia Artificial (IA)**, que en este 2026 impregna casi todos los aspectos de nuestra vida. Siguiendo las directrices del papa León XIV, advertimos que la técnica es un don de Dios, pero su uso debe estar subordinado a la ética y al corazón.

1. La primacía del encuentro: Ningún algoritmo puede reemplazar el abrazo de las personas o el discernimiento de una comunidad sinodal. La IA no tiene “entrañas de misericordia”. No permitamos que la tecnología reemplace la calidez del encuentro humano en nuestras parroquias.

2. Verdad vs. manipulación: En el contexto electoral, existe el riesgo del uso de la IA para crear noticias falsas

(*deepfakes*) que manipulan la opinión pública. “*La verdad os hará libres*” (Jn 8, 32). El cristiano debe ser un buscador de la verdad, no un repetidor de algoritmos de odio.

3. Algor-ética y trabajo: La automatización no puede ser la excusa para el descarte masivo de trabajadores en nuestras industrias del Valle. El trabajo es un camino de santificación. La tecnología debe servir para liberar al hombre de las tareas alienantes, no para condenarlo a la exclusión.

V. ECOLOGÍA INTEGRAL: EL GRITO DE LA TIERRA Y DE LOS POBRES

Nuestra fe no puede estar divorciada de la tierra que pisamos. Siguiendo la estela de la Carta encíclica del papa Francisco *Laudato si'* (sobre el cuidado de la casa común), reafirmamos que el grito de la tierra y el grito de los pobres son un solo clamor. La crisis socioambiental en el Valle y el Pacífico es alarmante. La minería ilegal que envenena nuestros ríos con mercurio, la deforestación y la contaminación de nuestras fuentes hídricas no son solo problemas técnicos, sino también pecados ecológicos. El territorio es nuestra “Casa Común”, un regalo de Dios que estamos llamados a custodiar, no a saquear.

Exigimos de manera categórica la protección de los líderes ambientales. Su asesinato es una herida en el corazón de la Iglesia. Asimismo, instamos a las autoridades a promover una minería responsable y a proteger la biodiversidad de nuestro territorio, que es

el pulmón de nuestra región. La ecología integral nos exige un cambio de estilo de vida: menos consumismo y más contemplación. Necesitamos una educación para la sostenibilidad que nazca de nuestras parroquias, formando ciudadanos conscientes de su rol como custodios de la obra de Dios.

VI. PROPUESTAS CONCRETAS Y COMPROMISO PASTORAL

Nuestra respuesta no puede ser solo un manifiesto; debe ser una encarnación del Evangelio en las estructuras sociales. Como nos recuerda el profeta: *“Tu pueblo reconstruirá las ruinas antiguas... serás llamado reparador de brechas”* (Is 58, 12). Por eso proponemos:

1. Crear la mesa regional de Pastoral Social:

Consolidar una instancia permanente de incidencia política y atención humanitaria que actúe en red en las cinco diócesis. Nos comprometemos a consolidar este espacio como un órgano de caridad política y discernimiento permanente.

La Diaconía (servicio, ayuda) no es asistencia técnica, sino la Iglesia manifestando el amor de Dios en la historia. Como enseñó el papa Benedicto XVI, la Iglesia no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia (cfr. *Deus caritas est*, 28 (carta Encíclica sobre el amor cristiano)). El papa Francisco nos impulsa a que esta Mesa sea un laboratorio de “amistad social”, donde el diálogo venza a la polarización. El papa León XIV ha pedido

pasar de las “solemnes declaraciones” a la “acción real”, insistiendo en que la paz solo es posible si se atacan las causas estructurales de la pobreza (cfr. *Dilexi te*, 90ss (carta Encíclica sobre el amor hacia los pobres)).

2. Establecer las Escuelas de Perdón y Reconciliación (ESPERE): Implementar este programa en todas nuestras parroquias para sanar el tejido social y combatir la polarización desde la base. Asumimos el perdón no como un sentimiento, sino como una decisión política y espiritual para sanar el tejido social. *“Todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación”* (2 Cor 5, 18). Para el papa Benedicto XVI, el perdón es la única fuerza capaz de detener la “metástasis de la violencia”. El papa Francisco lo describía como un “artesanado” que requiere valentía.

3. Pacto por la juventud: Crear puentes entre la Iglesia, la academia y el sector privado para generar oportunidades de emprendimiento que arrebaten a nuestros jóvenes de las manos de la violencia, como la experiencia de *Compromiso Valle*. Lanzamos una ofensiva de esperanza para ofrecer alternativas reales de vida a nuestros jóvenes, protegiéndolos del reclutamiento y el descarte. El joven es el “ahora de Dios”. Una región que entrega sus hijos a la guerra es una región que avanza hacia el precipicio.

4. Fortalecer la mesa de la fraternidad en la estrategia interdiocesana de los comedores comunitarios.

Como propuesta central de nuestra caridad activa en las cinco diócesis, nos comprometemos a fortalecer los Bancos de Alimentos, los comedores comunitarios y los Comités de Pastoral Social Parroquiales que animan la entrega de mercados a las familias necesitadas, entendiendo que el hambre es tanto física como existencial.

A. Fortalecimiento espiritual: el altar de la caridad.

Nuestros comedores comunitarios y demás obras sociales no son simples estaciones de servicio, sino una prolongación de la Eucaristía, donde el pan compartido se convierte en signo visible del amor de Dios en la historia.

- **El Pan de la Palabra:** Proponemos que la entrega de alimentos sea un momento de encuentro con Cristo. Implementaremos momentos de oración y “Lectio Divina” antes del alimento, recordando que “no solo de pan vive el hombre” (Mt 4, 4).

- **Sentido de comunidad:** Buscamos que el asistente se reconozca como hijo de Dios. La espiritualidad en el comedor debe cultivar la gratitud y la esperanza, transformando la fila de la necesidad en una procesión de hermanos que comparten la mesa del Padre.

B. Fortalecimiento psicosocial: El apostolado de la escucha. Reconocemos que detrás de la necesidad alimentaria hay traumas de violencia, soledad y abandono.

- **Sanación del tejido social:** Donde se tengan los comedores estos se convertirán en Centros de Cuidado Integral. Es importante fortalecer los comedores con equipos de escucha activa y apoyo psicosocial para atender la salud mental de nuestras comunidades.
- **Dignificación y resiliencia:** El enfoque psicosocial busca que la persona pase de ser “objeto de asistencia” a “sujeto de su propia historia”. Se podrán ofrecer talleres de resolución de conflictos y perdón, combatiendo la depresión y el resentimiento que la pobreza y la guerra han sembrado en el Valle y el Pacífico.

VII. CONCLUSIÓN: LA ESPERANZA ES UN CAMINO

Al concluir estas palabras, que brotan del corazón de sus pastores, queremos dirigirnos directamente a cada uno de ustedes: a quienes llenan nuestros templos, a quienes buscan a Dios en la soledad de su hogar y a quienes, aun sin compartir nuestra fe, sueñan con una región donde la dignidad no sea privilegio de pocos. No les hablamos desde la teoría, sino desde el “caminar juntos” que nos exige la sinodalidad.

Para iluminar este camino de esperanza que trazamos para el 2026, deseamos proponerles dos cimientos bíblicos que deben sostener nuestra acción pastoral y social:

El Ministerio de la Reconstrucción

El profeta nos recuerda: *“Tu pueblo reconstruirá las ruinas antiguas... serás llamado reparador de brechas”* (Is. 58, 12).

La fe no nos evade de la historia, nos compromete con ella. Ser “reparador de brechas” significa entender que el pecado estructural ha fracturado la fraternidad. Nuestra misión es una “diaconía de la reconciliación”: sanar las heridas de la exclusión para que la paz sea, como enseñaba San Agustín, la *“tranquilidad del orden”* fundamentada en la justicia (Cfr. *La Ciudad de Dios* Libro XIX, Capítulo 13).

Esta palabra no se refiere únicamente a la reconstrucción física de nuestras ciudades, sino a la restauración de la Alianza con Dios a través de la justicia social. Teológicamente, ser “reparador de brechas” significa reconocer que el pecado estructural ha fracturado la fraternidad en nuestro Valle del Cauca y el Pacífico.

De la mesa Eucarística a la mesa del mundo

Exhortamos a vivir este año desde una espiritualidad encarnada. La vida litúrgica y sacramental no puede ser un refugio individualista. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II: “La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (*Sacrosanctum Concilium*, 10 (constitución sobre la sagrada Liturgia)).

Por tanto, cada Eucaristía celebrada en nuestras parroquias, debe enviarnos al mundo con la urgencia de

construir la justicia. No hay verdadera comunión con el Cuerpo de Cristo si permitimos que el cuerpo de nuestros hermanos sea lacerado por la violencia o el hambre. La vida sacramental es la escuela donde aprendemos que “nadie puede ser indiferente ante el dolor de los demás” (*Dilexi nos*, 204 (carta Encíclica sobre el amor humano y divino del corazón de Jesucristo)).

El Sacramento del Hermano

El Señor Jesús nos interpela con claridad: “*Tuve hambre y me dieron de comer*” (Mt 25, 35).

Aquí se fundamenta lo que la Iglesia llama la “Cristología de los pobres”. El juicio final no versará sobre teorías, sino sobre la caridad activa. Teológicamente, el hermano necesitado —el desplazado, el joven sin oportunidades o el anciano abandonado— es el lugar donde Cristo se hace presente y nos sale al encuentro.

Una Catequesis para la ciudadanía y la caridad

Hacemos un llamado a que nuestra catequesis y procesos de formación cristiana asuman su dimensión social. No basta con transmitir doctrinas y plegarias; debemos formar también discípulos misioneros capaces de transformar las estructuras de pecado. El papa Francisco nos interpeló con claridad: “Una auténtica fe... siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra” (*Evangelii gaudium*, 183 (exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual)).

Una catequesis auténtica debe llevarnos a una “caridad política”, esa que busca el Bien Común y se compromete con la defensa de la vida y el cuidado de nuestra casa común.

VIII. UN LLAMADO FINAL

Hermanos y hermanas: ¡Es hora de despertar la esperanza! Les pedimos nuevamente a quienes empuñan las armas: ¡Deténganse en nombre de Dios! A quienes ostentan el poder: ¡Miren la periferia! Y a todos los creyentes: ¡que la vivencia de su fe sea tan luminosa que transforme nuestra sociedad!

Bajo el amparo de Nuestra Señora de los Remedios, la Reina de nuestras tierras, nos comprometemos a ser artesanos de una nueva humanidad.

Que este 2026 sea el año en que, arraigados en la caridad, demostremos que el Evangelio es la fuerza más transformadora de la historia. Por eso pedimos que en cada parroquia y capilla, ante Jesús Sacramentado, oremos por la paz en nuestro territorio:

ORACIÓN POR LA PAZ Y LA UNIDAD REGIONAL

Señor de la historia y Príncipe de la Paz, al contemplar nuestra tierra del Valle del Cauca y el Pacífico, te damos gracias por la fe de nuestro pueblo, que, como el grano de mostaza, resiste en medio de la tormenta.

Padre de misericordia, mira con ternura nuestras heridas. Sana el dolor de las familias que lloran a sus ausentes, rompe las cadenas de quienes están confinados por el miedo y toca el corazón de piedra de los violentos, para que, deponiendo las armas, descubran en el otro a un hermano.

Espíritu Santo, dador de unidad, haz de nosotros una Iglesia verdaderamente sinodal. Que sepamos caminar juntos, escuchando el clamor del pobre, siendo artesanos de una esperanza que no defrauda.

Señor Jesús, camina con nosotros por los senderos de nuestra región.

María, tú, que eres Reina y Madre de estas tierras vallecaucanas, guía nuestros pasos hacia la unidad y protege nuestros hogares, tú que eres auxilio de los cristianos y consuelo de los afligidos y cautivos, intercede por la libertad de quienes sufren opresión y por la paz de este pueblo que te ama con corazón sincero.

Amén.

Que el año 2026 sea para nosotros un año de gracia, donde la reconciliación venza al odio y la vida florezca en cada rincón de nuestra casa común y la paz del Resucitado llegue a todos.

Santiago de Cali, 12 de abril de 2026
Domingo de la Divina Misericordia


+Luis Fernando RODRÍGUEZ VELÁSQUEZ
Arzobispo de Cali

+César Alcides BALBÍN TAMAYO
Obispo de Cartago

+Rodrigo GALLEGO TRUJILLO
Obispo de Palmira

+Alexander MATIZ ATENCIO
Obispo de Buga
Administrador Apostólico de Buenaventura





*Que el año 2026 sea para nosotros un año de gracia,
donde la reconciliación venza al odio y la vida florezca
en cada rincón de nuestra casa común y la paz del
Resucitado llegue a todos.*